

Roberto Benzi. Un genio de 11 años

Elite.

Con todas las discreciones y todas las imprudencias de los recién casados, una pareja italiana viaja en un tren que se dirige a Marsella. Todos los viajeros del compartimento están en el secreto de su felicidad y uno de ellos, un marsellés que habla su "poquino" de italiano sugiere al matrimonio la dirección de un Hotel "donde no molestan a los enamorados".

– Vayan al "Le Prodigie" ("El Prodigio"); hasta puede que tomen apego al lugar...

La pareja visitó el Hotel y les gustó. El conserje anotó los nombres en el libro de registro: Giuseppe Benzi, Profesor de Música y María Pastorino...

– ¿Piamonteses, ¿eh!?... En Marsella hay muchos. Aquí se encontrarán un poco en su casa.

Y el pronóstico de los dos simpáticos provenzales resultó cierto. El matrimonio Benzi se estableció en la ciudad. El daba lecciones de música, ella tocaba el acordeón, en sus ratos libres; de forma que sus vecinos unieron pronto dos cabos para referirse a la pareja con el nombre de "los músicos". Se solicitaba su concurso para las veladas, otras se ofrecían en su hogar y muy pronto el joven matrimonio se incorporó a la vida artísticomusical de la ciudad.

Allí nació también su primer hijo. Cuando a María le dieron la noticia de que era un niño casi llegó su decepción. ¡Ella quería una chica! Pero puesto que no había remedio había que ponerle por lo menos un nombre bonito. Repasó todos los que llevaban puestos sus parientes, pero no le agradaba ninguno. Por fin accedió a que se le impusiera el de su abuelo: Roberto, "Robertino; así no estaba mal"...

Y nadie entonces podía reparar en aquella profética sugerencia del compañero del tren: "Vayan al "Le Prodigie"... Porque el prodigioso Roberto no hacía por aquel entonces más que llorar y desvelar a sus padres con sus berridos.

El valor de medio tono

Aún tenía el niño unos pocos meses cuando los Benzi se trasladaron a Bielia, una pequeña ciudad al noroeste de Turín. Giuseppe dirige allí una escuela de música. Robertino es un diablo y su mamá ya no dispone de tanto tiempo para tocar su acordeón.

Le ha hecho falta cuatro años para descubrir que su hijo sólo es dócil a la música. Durante las clases particulares que el profesor ofrece en su casa, Robertino pega su nariz al piano y queda así, largos ratos, sin chistar siquiera.

– Llévale a la escuela, Giuseppe; así me deja tranquila.

Ahora Robertino acompaña a su papá de vez en cuando.

– ¿Qué estás cantando?... ¡Repite a ver!...

Roberto va de la mano de su padre camino a casa y ante la insistencia de su papá ha repetido sin omitir una nota la lección que ha hecho repasar dos veces a uno de sus alumnos.

– María, nuestro "bambino" lleva algo dentro. Escucha...

Al cariño del padre se ha unido ahora el interés del profesor. Giuseppe dedica las veladas a su hijo; hay que ejercitar el oído del pequeño y está ahora enseñándole el valor de las notas. Mientras papá va pulsando una a una las teclas de su piano, el niño, vuelto de espaldas, distingue las notas que corresponden a los sonidos "Do", "sol", "fa"...

– Te equivocaste Robertino. Ha sido un *fa bemol*.

–No, es un *fa natural*...

Y el sorprendente oído del niño descubrió que el piano daba medio tono más alto. Ese medio tono mide la asombrosa talla de un músico de cuatro años de edad.

El regalo de Reyes

Y los Reyes Magos de aquel año trajeron a Robertino: "Un balón, un tren eléctrico y un acordeón"... Todo lo que pedía, en la carta. A los pocos días ejecutaba a la perfección algunas piezas sencillas. En el hogar de los Benzi ya todos tenían su acordeón.

Al año siguiente pidió otro mayor y los Reyes se lo trajeron también. Desde entonces, el balón, el tren eléctrico y el acordeón fueron los juguetes preferidos de Roberto. Aún hoy no se separa de ellos en los momentos libres.

Pasos de triunfo

Roberto tenía 7 años cuando su padre le llevó a ver "Fantasía" de Walt Disney. El niño retuvo con una nitidez extraordinaria grandes pasajes del acompañamiento musical y dió a su papá explicaciones precisas sobre una gran parte de la obra sobre todo de la interpretación del "Cascanueces" de Tchaikowsky.

A los 8 años debutó en Bayona dirigiendo la overtura del "Barbero de Sevilla" y aquí obtuvo su primer triunfo.

Después de una jira con una compañía de ópera italiana, Giuseppe orienta a su hijo por el camino de los conciertos clásicos, y recorre en triunfo Bruselas, Londres, Estocolmo, Copenhague, Oslo, Madrid, Lisboa, París... En la capital francesa dirige la orquesta de la Sociedad de Conciertos del Conservatorio y los Conciertos Colonne de la Sala Pleyel organizados estos últimos bajo los auspicios de la O.N.U. y a los que asistieron el Presidente de la República francesa Mr. Vincent Auriol y la Señora Roosevelt.

Las prodigiosas facultades del niño han conquistado todos los públicos y las recelosas reservas que se advierten en su camino van desapareciendo en cuanto actúa. Los "niños prodigio" resultan generalmente antipáticos pero el arte fácil y sin poses de este pequeño músico deja una huella profunda en cuantos le ven dirigir una orquesta de

maestros que han criado canas pegados a un instrumento como si formara parte de su anatomía...

Robertino, el niño

Hay ensayo en el Teatro Nacional. Estamos en vísperas de la presentación de Roberto Benzi en Caracas, su primer paso en América. Los maestros van ocupando sus puestos y cada uno afina su instrumento en ese preludio endiablado de ruidos que valen lo que las tosecillas molestas de los cantantes antes de entonar.

Aquel niño de marinera, pantalón corto y calcetines blancos, que discute con dos señores es Robertino. Responde a mi saludo en perfecto castellano y me presenta a su papá. –Nos va a excusar un momento– me dice cortés Giuseppe. "¡Roberto! ya tendrás tiempo de leer después". Roberto deja el ejemplar de ELITE que estaba hojeando y antes de atender a su padre me pregunta: "¿Esta revista se hace en Venezuela?... ¡es muy bonita!". Y después de esta expresión infantil de alegría las suaves facciones del niño vuelven a adoptar el aire severo del hombre que resuelve un problema.

La diminuta figura de Robertino ha ocupado el puesto del director de orquesta. Cualquiera inadvertido creería que está curioseando en la partitura que está sobre el atril. Hay malicia en la mirada de muchos de los ejecutantes, socarronería en algunas sonrisas y hasta un poco de maldad traviesa en aquel insistente probar de instrumentos mientras el niño se impacienta golpeando el atril con su batuta. Robertino tiene un gesto duro cuando patea el suelo para hacerse oír. Miro alternativamente a los maestros y a quien tiene que dirigirlos, y no puedo dejar de experimentar un raro desasosiego...

– Ayer –me dice Giuseppe un poco más tarde– sorprendí a Roberto fijándose detenidamente el espejo. Le pregunté si le gustaba su figura.

"No, –me dijo– no me gusta".

"¿Cuál te gustaría tener?" –le dije riendo.

"¡Cualquiera, menos la mía!"...

Roberto, el director

– ¡Todos a la vez!... Dos antes de la B. ¡Atención!... "Tac, tac, tac"... Y los firmes golpes de batuta sobre el atril recorren en el teatro vacío el mismo camino que otros de los grandes maestros. El Podium auxilia a su estatura para dejar ver sus movimientos, pero aquella energía, aquella seguridad y aquel oído tienen su pedestal en aquel genio que se esconde dentro de aquel cuerpo de niño que se revuelve como martirizado por una nota desafinada para decir: "¡No, no... Otra vez!"...

Los maestros inician nuevamente el pasaje de "Oberón" que no ha satisfecho al pequeño Director. Este mira derecho a los artistas y manda con justeza, con ritmo... "¡Tampoco!... Vd. míreme a mí!... ¡La flauta!..."

Roberto advierte el menor vacío en la armonía y ahora ha notado la falta de un instrumento: "No. El señor Pera. ¿Dónde está el señor Pera?"... Nadie ha advertido la

ausencia de la segunda flauta, pero el Director mira la silla vacía y está firmemente decidido a no reanudar el ensayo sin él. El maestro vuelve a su puesto y la sonrisa maliciosa está ahora en el niño que dirige el ensayo...

Cuando termina la primera parte, su papá le tiene preparado el desayuno. Un bolso con frutas del país. Le coloca un pañuelo como babero y Roberto muerde con delicia un mango amarillo y brillante hasta reventar: "¡Es muy bueno!"... "Papá dame otro mango. No, no quiero, pera..." Roberto vuelve la mirada a los maestros que se distraen fumando un cigarrillo y su sonrisa dice que se acuerda de la flauta... "Hay que volver al ensayo"...

Y el pequeño director de 11 años, que habla cuatro lenguas, dirige y habla como una persona mayor, y juega como un niño, vuelve al podium que debe sentir muy leve carga encima, pero que sostiene el peso de un genio que dará mucho que hablar.